

reivindicación de las posibilidades de la denominada “poética del silencio” a través de la clasificación de sus diferentes modalidades, presentadas como variaciones técnicas de un mecanismo común, un código basado en la desintegración del lenguaje del poema como constatación —ratificación o denuncia— de la desesemantización del lenguaje cotidiano y sus mecanismos de enmascaramiento, ante los que sólo cabe permanecer mudos. Significativamente, la imagen que sistematiza este conjunto de procedimientos, la “logofagia”, coincide con la desarrollada por Serra, aun cuando éste no se refiera exclusivamente a los procedimientos consistentes en hacer desaparecer elementos de la secuencia lingüística: en *Verbalia* alude continuamente a los personajes “verbívoros” o dominados por la pasión de los juegos lingüísticos, hasta identificarlos como los habitantes de este país de las palabras en movimiento. Tal consideración establece no sólo una curiosa analogía entre determinadas propuestas poéticas y los pasatiempos verbales, sino también una imagen emblemática de las relaciones de deglución compulsiva que se establecen entre los individuos —y la sociedad— y su lenguaje, sin que siempre sea posible precisar quién conforma a quién o, en otras palabras, quién deglute a quién.

En este sentido, valga una última consideración acerca de lo resbaladizo de las experiencias en los límites del lenguaje, que lo son también de los de la lógica, razón por la cual tiene algo de paradójico el intento de sistematización (y su articulación en el formato convencional —y lineal— de un libro) de un territorio que desconoce los límites y que se encuentra surcado por senderos que se bifurcan y que se entrecruzan continuamente. El caso se hace más evidente en la enciclopédica propuesta en *Verbalia*, que no resuelve completamente la dualidad entre el juego de geografía ficcional planteado como esquema narrativo del libro y la resolución de su “cartografía” a partir de un “Inventario” que no sólo aísla los distintos fenómenos con intención de una taxonomía casi entomológica, sino que también reduce cada entrada al lecho de Procusto de una ficha convencional (definición, origen, historia, valoración y más ejemplos en castellano) y, sobre todo, acude a la retórica más clásica para ordenar su clasificación. El lector tiene tras recorrer un catálogo tan extenso la sensación de que, más que un juego, lo que se le propone es la baraja, un conjunto que sólo pierde su carácter inerte y convencional cuando es puesta en movimiento por el jugador.

El reto para avanzar en la línea de asunción de la experimentalidad verbal y poética sin que ésta pierda su carácter de una cierta marginalidad es encontrar el debido —y no siempre uniforme— equilibrio entre lo lúdico (y creativo) y lo lingüístico (o académico). La variedad de estas tres propuestas, sus contrastes y los espacios que dejan entre ellas son una buena vía para seguir avanzando en este camino. [PEDRO RUIZ PÉREZ].

PALMER, GARY B., *Lingüística Cultural*. Versión española de Enrique Bernárdez, Madrid: Alianza Editorial, 2000, 384 págs.

Enrique Bernárdez nos presenta la traducción al castellano de la obra de Gary B. Palmer, *Toward a Theory of Cultural Linguistics*, originalmente publicada en 1996. Como indica el propio Bernárdez en el prólogo a su traducción, no existe en español una terminología establecida para designar los complejos conceptos de los cognitivistas George Lakoff y Ronald Langacker, a los que Palmer refiere con frecuencia. Me parecen, sin embargo, muy acertadas las propuestas terminológicas del traductor. En ocasiones, Bernárdez consulta las versiones españolas de las obras mencionadas por Palmer, tomando de ellas las citas. En estos casos, se incluye la referencia completa de la traducción española en la bibliografía final.

El libro consta de dos partes diferenciadas: "Objetivos y conceptos" (caps. 1-5) e "Interpretaciones y aplicaciones" (caps. 6-11). En la primera parte, el autor propone una síntesis de la lingüística antropológica con la lingüística cognitiva, denominando *lingüística cultural* al enfoque resultante. En la segunda parte, se aplica esta nueva teoría a una serie de fenómenos lingüísticos, con objeto de demostrar que el significado lingüístico está subsumido dentro de una visión del mundo.

En el capítulo primero, que constituye la introducción a la obra, Palmer argumenta que el estudio de la imaginaria definida culturalmente proporciona las bases para examinar ámbitos lingüísticos como el lenguaje narrativo y figurativo, la semántica de las palabras y de las construcciones gramaticales, el discurso e incluso la fonología. El libro se apoya en los enfoques tradicionales de la antropología lingüística, tomando también muchos elementos de las teorías cognitivistas desarrolladas por Lakoff y Langacker.

Antes de centrarse en el diseño de la teoría de la lingüística cultural, Palmer inspecciona las tres tradiciones a partir de las cuales se ha ido desarrollando la antropología lingüística contemporánea (la lingüística boasiana, la etnosemántica y la etnografía del habla), prestando especial atención al papel de la imaginaria en los tres enfoques. Estas tres disciplinas comparten la orientación relativista, así como un interés por la semántica léxica (lingüística boasiana y etnosemántica) o el discurso (etnografía del habla).

Palmer también examina las asunciones básicas de la lingüística cognitiva, que, en su opinión, ofrece una descripción natural y realista del lenguaje. En la gramática cognitiva, las estructuras semánticas han de ser caracterizadas en relación a una serie de modelos cognitivos que reflejan aspectos fundamentales de nuestra experiencia y actúan como *dominios* para la caracterización semántica de las estructuras lingüísticas (Langacker 1991: 211). Según Palmer, la lingüística cognitiva, en la que el lenguaje se concibe como un conjunto gradual de categorías, es de gran utilidad en antropología para el estudio de las conexiones entre lenguaje y cultura, por una parte, y lenguaje y pensamiento, por otra. Sin embargo, al proponer la síntesis de la lingüística cognitiva con la lingüística boasiana, Palmer no señala que la perspectiva cognitivista se aleja de las tendencias deterministas de Sapir y Whorf, quienes desarrollarían la relatividad lingüística boasiana. Así, mientras Whorf, que convirtió la relación entre lenguaje y pensamiento en el eje de sus investigaciones, afirma que la estructura del lenguaje que utilizamos modela el sistema conceptual que nos permite comprender el medio que nos rodea, los cognitivistas sostienen que las estructuras lingüísticas están motivadas por la estructura de los dominios o modelos cognitivos (Lakoff 1987: 462). Estos modelos cognitivos imaginísticos son los que estructuran nuestro pensamiento y, en gran medida, las estructuras sintácticas que utilizamos. Palmer afirma que los modelos mentales rigen el uso del lenguaje, y que las visiones del mundo constan enteramente de modelos cognitivos.

Es en el capítulo cuarto donde el autor aboga por una síntesis de la lingüística cognitiva con las tres tradiciones de la antropología lingüística. Según Palmer, los conceptos tomados de la lingüística cognitiva y de la antropología se pueden aplicar al análisis de las categorías indígenas del lenguaje. Así, la lingüística cultural compartiría los intereses de la lingüística boasiana (interesada en describir las gramáticas de las lenguas en sus propios términos), etnosemántica (preocupada por el estudio de dominios de significado organizados culturalmente) y etnografía del habla (interesada por el contexto sociocultural del discurso), pero desde una perspectiva esencialmente cognitiva. Esta perspectiva es aplicada para resolver el problema antropológico que plantea el reconocimiento del significado emergente y situado en el discurso. Este capítulo, donde el

autor trata de historias apaches, canciones beduinas y rituales cuna de manejo de serpientes, examina cómo se construye el significado en el discurso a partir de la confluencia de situaciones convencionales y experiencias nuevas.

Si bien la lingüística cultural y la lingüística cognitiva son repetidamente definidas como "teorías de la imagería mental", hemos de esperar hasta el capítulo quinto para encontrar una definición del término *imagería*. En este capítulo, que en mi opinión debería preceder a los tres anteriores, el autor presenta, de forma un tanto errática, las definiciones que se han propuesto en lingüística y antropología de las distintas clases de imagería: modelos cognitivos, símbolos lingüísticos, esquemas imaginísticos, prototipos, categorías básicas, categorías complejas, metáfora, metonimia, escenarios sociales, perfiles y bases o trayectores e hitos. Según Palmer, la función prototípica de la imagería es representar verbalmente el entorno, que incluye la sociedad, los fenómenos naturales y nuestros propios cuerpos. Una vez introducidos los conceptos de modelo cognitivo, esquema y prototipo, el autor presenta los conceptos de metáfora y metonimia, que discutirá con detalle en el capítulo octavo. La discusión se basa en el trabajo de Lakoff y Johnson (1980), donde estos autores argumentan, de forma un tanto simplista, que la mayor parte de nuestro sistema conceptual es de naturaleza metafórica, y que las metáforas estructuran sistemáticamente la forma en que pensamos y actuamos. Palmer aplica los modelos metafóricos postulados por Lakoff y Johnson para interpretar la imagería de algunas expresiones en japonés, inglés y nahuatl, la lengua de los aztecas.

En el capítulo sexto, que abre la segunda parte, Palmer presenta su definición del término visión del mundo: "la orientación cognitiva fundamental de una sociedad, un subgrupo o incluso un individuo" (pág. 144). El autor, que reivindica el papel de la imagería en la antropología lingüística, estudia distintos fenómenos lingüísticos en lenguas tan diversas como el navajo, el maya yucateca, el inglés o el apache. El principio de "concatenación de categorías" (Lakoff 1987), basado en enlaces semánticos dentro de dominios cognitivos, es aplicado para estudiar el reflejo de la visión del mundo en la gramática de las lenguas bantúes y del apache. Palmer concluye que tanto el sistema de clasificación nominal del bantú como el de clasificación verbal del apache responden a la animicidad y consistencia física de los objetos, esquemas fundamentales en las visiones del mundo de los hablantes de estas lenguas. Por otra parte, el estudio del uso de prefijos de objeto en navajo, una lengua de una cultura que presupone un mundo animado, le permite concluir que, como era de esperar, la marca control resulta ser un rasgo fundamental de la gramática de esta lengua. Así, es el control inteligente sobre seres inanimados el que determina el uso de los prefijos pronominales de objeto en los verbos transitivos en navajo. Sin embargo, el dominio de este procedimiento gramatical sólo puede producir cláusulas aceptables cuando está en consonancia con la visión del mundo del mundo de los navajos y, en especial, con los conceptos de animicidad, inteligencia y control, nociones definidas culturalmente en esta comunidad lingüística. Así pues, al ser la visión del mundo un claro determinante de la gramática, hay que tenerla en cuenta al estudiar una lengua. Según Palmer, "el estudio de la gramática puede considerarse como el estudio de la visión del mundo circunscrito a los símbolos lingüísticos" (pág. 144).

Tras analizar la conexión de las lenguas y las visiones del mundo, el autor pasa a considerar el discurso (capítulo séptimo), el lenguaje metafórico (capítulo octavo), la gramática de la cláusula y la palabra (capítulo noveno), finalizando con la imagería auditiva de los fonemas (capítulo décimo). Palmer aplica los principios de la lingüística cultural (resumidos en el capítulo final del libro) a estos ámbitos lingüísticos, que el autor considera íntimamente conectados con los modelos cognitivos y las visiones del mundo.

Así, por ejemplo, el estudio de las construcciones gramaticales que designan partes anatómicas en *coeur d'alene*, una lengua amerindia del norte de Idaho y este del estado de Washington, ilustra el papel de la imaginería en el nivel de la palabra. Por otra parte, a la lingüística cultural también le interesa investigar la forma en que el discurso se representa en escenarios definidos culturalmente. Según Palmer los *escenarios discursivos*, definidos como “modelos cognitivos (y culturales) de acontecimientos discursivos” se ubican dentro de *modelos de situación*, que son “representaciones más amplias de contexto social” (pág. 206). El autor intenta demostrar que el discurso está regido por la imaginería de los acontecimientos sociolingüísticos, a su vez definida culturalmente.

Palmer sostiene la tesis de que el lenguaje y la visión del mundo se constituyen mutuamente. El autor considera que el estudio de los modelos cognitivos (que son modelos culturales) constituye el instrumento principal para comprender la interrelación entre lenguaje y cultura. Propone así un modelo dialéctico que se aleja de la posición relativista de Whorf, según el cual la influencia de las categorías gramaticales sobre la cultura y visión del mundo actúa en un sentido único. El objetivo de esta obra es construir una teoría de la lingüística cultural (presentada como una síntesis de enfoques no siempre compatibles) de la que puedan nutrirse los antropólogos en su trabajo de campo. Sin embargo, como el mismo Palmer apunta, en ella encontramos más interrogantes que respuestas, debido, por una parte, a la novedad del enfoque y, por otra, a la imposibilidad de estudiar la gran variedad de fenómenos lingüísticos considerados en la obra con el necesario rigor científico. [PILAR GUERRERO].

PEREA YÉBENES, Sabino, *Mitos griegos e historiografía antigua*, Sevilla: Padilla Libros Editores & Libreros, 2000, 299 págs.

Doce estudios presenta el autor, doctor en Historia Antigua, en este nuevo libro que ha prologado José María Blázquez, miembro de la Real Academia de la Historia y Catedrático emérito de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid. Todos los estudios aquí contenidos son inéditos menos uno, y todos se reparten por igual temas relacionados con la mitología clásica o con la historiografía antigua. La variedad de argumentos hacen que la lectura del libro sea muy agradable, a lo que ayuda, indudablemente, la buena pluma de su autor. Se trata de un libro que implica, ya desde el primer ensayo, un alto riesgo: el hecho de poner a veces reparos o advertencias a obras ya consagradas por la crítica. En este sentido, y sobre todo por la seriedad, y gravedad también, de sus afirmaciones, considero este libro uno de los más maduros de su autor. He aquí, en breve, un repaso de los doce estudios:

1. “Homero y Micenas” (págs. 13-20): enfrentándose al libro de J. Chadwick, *El mundo micénico* (Cambridge 1975; Madrid 1977), el autor expresa su posición desde las primeras líneas: “Chadwick algunas veces saca conclusiones a partir de las tablillas Lineal B no por deducción, sino por inferencia y analogía de épocas posteriores, más concretamente del llamado *mundo homérico*”. Y añade: “Aun a riesgo de ser tajante en algunas afirmaciones trataré de dar mi opinión respecto al libro que nos ocupa, tanto en cuestiones de método como en recoger algunos casos puntuales de inferencia”. Pocas páginas les bastan al autor para probar su aserto inicial. Su conclusión es, en verdad, tajante sobre el libro de Chadwick: “es metodológicamente arriesgado, si no impropio e impreciso, elaborar un discurso histórico acerca del mundo micénico basado abusivamente en los poemas homéricos”.

2. “Gorgo, Perseo y la conquista mítica del Mediterráneo occidental” (págs. 21-65): a mi juicio, uno de los estudios de mayor interés de este libro. En él se estudia la figura de